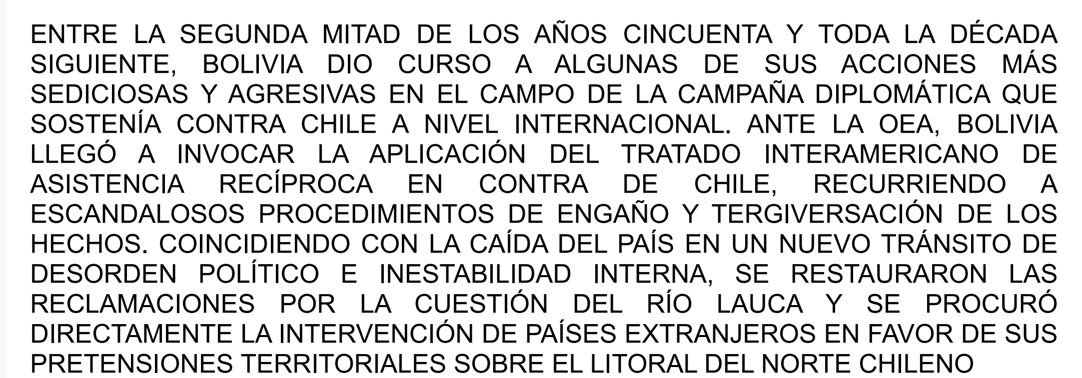


'a no se admite Adobe Flash Player

HISTORIA DE LA DEMANDA MARÍTIMA BOLIVIANA, PARTE IV: BOLIVIA PIDE APLICAR CONTRA CHILE EL T.I.A.R. Y SOLICITA NUEVAS INTERVENCIONES INTERNACIONALES ANTE LA OEA Y LA ONU (1956-1969)

-Ampliado y actualizado en junio de 2005-



ENTRE LA SEGUNDA MITAD DE LOS AÑOS CINCUENTA Y TODA LA DÉCADA SIGUIENTE, BOLIVIA DIO CURSO A ALGUNAS DE SUS ACCIONES MÁS SEDICIOSAS Y AGRESIVAS EN EL CAMPO DE LA CAMPAÑA DIPLOMÁTICA QUE SOSTENÍA CONTRA CHILE A NIVEL INTERNACIONAL. ANTE LA OEA, BOLIVIA LLEGÓ A INVOCAR LA APLICACIÓN DEL TRATADO INTERAMERICANO DE ASISTENCIA RECÍPROCA EN CONTRA DE CHILE, RECURRIENDO A ESCANDALOSOS PROCEDIMIENTOS DE ENGAÑO Y TERGIVERSACIÓN DE LOS HECHOS. COINCIDIENDO CON LA CAÍDA DEL PAÍS EN UN NUEVO TRÁNSITO DE DESORDEN POLÍTICO E INESTABILIDAD INTERNA, SE RESTAURARON LAS RECLAMACIONES POR LA CUESTIÓN DEL RÍO LAUCA Y SE PROCURÓ DIRECTAMENTE LA INTERVENCIÓN DE PAÍSES EXTRANJEROS EN FAVOR DE SUS PRETENSIONES TERRITORIALES SOBRE EL LITORAL DEL NORTE CHILENO

****

Bolivia inicia su segunda embestida por el río Lauca 

Cerca del final de su mandato en la alta magistratura de Bolivia, el Presidente Víctor Paz Estenssoro creó la Corte Nacional Electoral, una entidad que dirigió el oscuro proceso eleccionario con que el los nacionalistas lograron permanecer en el poder, relevando la presidencia en la persona de su asesor y camarada del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), Hernán Siles Zuazo, el 14 de abril de 1956. A tal nivel de atropello al derecho habían llegado ya las autoridades paceñas cumpliendo el ciclo fatídico de la política boliviana, que se hizo caso omiso a la disposición constitucional que impedía a un vicepresidente postular a las elecciones presidenciales, como habría sido el caso de Siles Zuazo.

Se recordará la gran cantidad de progresos que los tratados internacionales significaron para Bolivia hacia 1955. Sin embargo, al asumir el nuevo mandatario, la situación del Altiplano resultaba de nuevo deplorable, especialmente por la inflación que se venía

arrastrando producto de la nacionalización de la minería y de los errores de la reforma agraria con las que tantos insisten hoy, a pesar de todo, en seguir divinizando y ensalzando la figura de Paz Estenssoro entre los escasos grandes mandatarios del continente.

Rápidamente, el nuevo gobierno cayó en la impopularidad y las comparaciones de su escuálida imagen terrenal y humana con la del "semidiós" predecesor, pusieron en peligro la continuidad del gobierno de Siles Zuazo. Durísimos años logró soportar en este creciente panorama de incertidumbre política, hasta que el año 1958 la situación parecía francamente insostenible, en especial por el excelente y hábil partido que la oposición le había sacado a la crisis económica, señalando al gobierno MNR como el responsable.

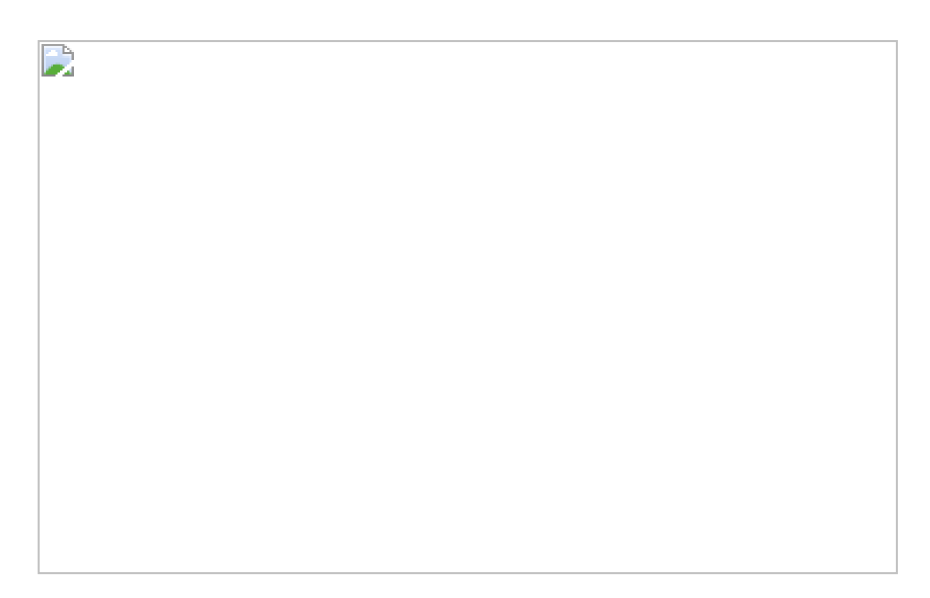
Acosado por todos los sectores, el Presidente Siles Zuazo no resistió la oportunidad de echar mano -nuevamente y tal como sus antecesores en el Palacio Quemado-, al asunto de la mediterraneidad y la reivindicación marítima. Sin embargo, la cantidad de acuerdos logrados por Paz Estenssoro para uso y disposición de puertos chilenos hacía peligrar la reclamación en base al mentando discurso de la Bolivia sofocada entre las alturas lejos del mar. Además, una última nota con apreciaciones del 10 de diciembre de 1953, emitida por el subsecretario de Relaciones Exteriores de La Paz, Hernán Quiroga Galdo, y dirigida al representante chileno Luis Rau Bravo -precisamente cuando habían empezado las labores de captación de aguas en Parinacota, invalidaba la posibilidad de insistir dentro de los mismos argumentos. Aquella nota había sido contestada el 10 de marzo del año siguiente por el representante Francisco Valdivieso, respondiendo a todas las observaciones y disipando todas las dudas planteadas. Había que abordar el problema, por lo tanto, con mayor refinamiento, y La Paz creyó encontrarlo en las posibilidades que brindaría la eventual restitución del asunto del río Lauca, tal como ya lo había hecho cerca de una década antes y a pesar de que el asunto había sido resuelto el 5 de agosto de 1949 por una comisión mixta de ambos países.

De esta manera, el 24 de junio de 1958 el embajador boliviano en Chile, Renán Castrillo, sorprendió a Canciller chileno Alberto Sepúlveda presentando un nuevo reclamo sobre el tema. A falta de argumentos que sustentaran la razón para resucitar semejante asuntejo, alegó como novedad que la comisión mixta no había sido informada de la totalidad de los antecedentes y, por lo tanto, solicitaba terminar con los trabajos en la ciénaga de Parinacota.

A pesar de que los trabajos de la comisión mixta habían sido terminados y expuestos hacía nueve años, el nuevo reclamo intentaba fundar la observación de que habrían puntos no concluidos, haciendo un tendencioso extracto de una parte de su texto en la que se señalaba que *"la insuficiencia de datos técnicos dio lugar a una diferencia en la apreciación del alcance del proyecto"*, pero refiriéndose originalmente a las discusiones con que se abrió el trabajo de la comisión en Arica, cuando recién comenzaba la cuestión del río Lauca.

Lamentablemente, La Moneda fue incapaz de advertir el sentimiento que realmente animaban a las autoridades paceñas y accedió a restituir los trabajos de la comisión, el 29 de noviembre de 1959 y tras un intercambio de sendas y a ratos tediosas notas. Craso error, que la historia haría pagar con razón a la extrema debilidad diplomática chilena.

La nueva comisión se constituyó en Arica, donde trabajó hasta el 9 de septiembre de 1960, cuando publicó sus resultados. Pero, aguándole la fiesta a Siles Zuazo (que había terminado su período el 14 de abril del mismo año) el informe de los comisionados demostró que las obras de Parinacota y del Lauca no perjudicaban a Bolivia. El golpe final de parte de La Paz tendría que ser, por lo tanto, directo al hueso si se quería reponer el tema del Lauca.



Teatro de la controversia del río Lauca, según una imagen de un medio periodístico de la época

Situación continental a la deriva a fines de los cincuenta 

No obstante los resultados adversos al interés altiplánco de esta comisión para el Lauca, la situación internacional le estaba brindando a Bolivia una oportunidad irrenunciable para intentar dar la estocada que tanto necesitaban los MNR para mantenerse en el poder.

Los constantes problemas de Santiago con la autoridad de la Cada Rosada habían colocado a Chile en un escenario peligrosamente adverso, como no se veía quizás desde los años de la Segunda Guerra Mundial, cuando la inteligencia norteamericana logró interceptar un posible plan peronista para invadir Chile en caso de que las fuerzas aliadas se vieran debilitadas frente a los extraordinarios avances que ofrecía a la historia la aventura de los países del Eje. Ahora, sin embargo, un suspicaz acercamiento de la Argentina a Washington logró envenenar más aún las relaciones con Chile, pues los Gobiernos de Santiago, en aquellos años, habían debido lidiar con innumerables agresiones e invasiones en la frontera protagonizadas por personal militar argentino: en Socompa, volcán Copahue, Palena, río Turbio y el Canal del Beagle. La Casa Blanca no titubeó en perjudicar una y otra vez a Chile en estos litigios surgidos única y exclusivamente del instinto expansionista del país vecino, durante este peligroso período.

Para empeorarle el panorama a Chile, el Perú también comenzó también su propia cruzada comunicacional, dirigida por medios como el diario "El Comercio" de Lima, haciendo alardes de matonería revanchista dispuesta a explotar a la menor chispa. A tal punto llegó esta campaña en la capital peruana, que se organizaron enormes recolecciones de fondos por aportes populares para apoyo al plan de modernización del material militar, precisamente utilizando el discurso

de la recuperación de Arica y la neutralización del enemigo chileno como prioridades. Contagiados con el el estado febril de algunos medios y políticos, cientos de ciudadanos jóvenes se ofrecieron voluntariamente para servir a las fuerzas armadas peruanos, sea en la reserva o en el servicio militar.

Así, ese mismo país incásico que tantas veces ha acusado a Chile de protagonizar carreras armamentistas, dio muestras tan exageradas de delirio belicista que, alarmado, el Presidente Jorge Alessandri publicó en "The New York Times" un extenso artículo en el que exponía la irracionalidad de las carreras armamentísticas en un continente que ni siquiera había logrado resolver problemas básicos, como la miseria. Sus palabras, lejos de conciliar, abrieron más aún la grieta entre ambas naciones. Es justo señalar, no obstante, que también hubo algunas voces en el desierto intentando llamar inútilmente a la cordura dentro del Perú.

Así las cosas, la situación diplomática no podía ser peor para Chile, pendiendo sobre el país la espada de Damocles de la alianza regional que entonces acariciaba la idea de un nuevo intento de cuadrillazo, tendencia conocida en la geoestrategia como la Hipótesis Vecinal Máxima o HV3.

Sin embargo, las crisis y los peligros eran un asunto que pesaba sobre todo el continente, no sólo en Chile, y por distintas razones. Desde la revolución cubana hasta la Guerra Fría, una serie de factores habían minado las relaciones diplomáticas de América, incentivando alianzas delirantes o, en su defecto, carreras armamentísticas frenéticas. Increíblemente, sin embargo, y repitiendo los extraordinarios errores cometidos un siglo antes y que precipitaron la Guerra Contra España, las autoridades chilenas insistieron en el camino ridículo de seguir buscando fórmulas de integración americanista y para poner fin a las desconfianzas. La historia también les pasaría la cuenta por esta actitud anodina.

El gastado y apolillado discurso de la "hermandad americana", finalmente, había vuelto a la palestra como hacía mucho tiempo no podía, sin sospecharse siquiera lo que estaba a punto de venir encima y que sólo algunas mentes iluminadas de intelectuales como Encina Armanet, Rodríguez Mendoza y Espinosa Moraga fueron capaces de anticipar en esos oscuros años de la intriga política continental.

Ola de infamias y las calumnias contra Chile: tercera embestida por río Lauca

Como hemos visto hasta este punto, el asunto de río Lauca estaba dentro de una estrategia boliviana para la que poco importaban los resultados de la comisión mixta, favorables a Chile, durante el año 1960. La idea era restaurar la unidad de las fuerzas políticas identificando la cohesión nacional con la lucha contra un enemigo común.

Para la ingenuidad insufrible de las clases políticas chilenas, se creía zanjado el tema de las obras de Parinacota cuando, repentinamente, el 31 de octubre de 1961, el canciller altiplánico Arze Quiroga presentó una nueva protesta en la que declaraba que los trabajos sobre el río Lauca involucraban una desviación deliberada de caudal, cometida

unilateralmente por Chile y en desajuste con el Derecho Internacional, que exigía cumplir. Coincidentemente, estas obras de tantos años estaban a sólo días de ser inauguradas.

Para comprender lo que hacía Bolivia, es necesario recordar el ambiente en que se encontraba Chile y su inserción internacional en aquellos años, y que hemos descrito más arriba. Esto explica que, conocida la noticia de la realización de una primera prueba de las obras en noviembre, la Cancillería boliviana saltó como el rayo e hizo llegar a manos de embajador chileno Manuel Trucco, sin perder tiempo ni oportunidad, esta nueva protesta en la que amenazaba con suspender negocios bilaterales y apelar al Derecho Internacional.

De paso, La Paz canceló la visita que el ministro de obras públicas boliviano, Mario Sanginés Ugarte, tenía fijado para el 28 de noviembre con motivo del estudio de la carretera Arica-La Paz, que por entonces se proyectaba recién en los pliegos de planos.

Se ignoraban así, años de trabajo, los resultados de dos comisiones mixtas (1949 y 1960) y el propio Derecho Internacional al que La Paz apelaba, por lo que el Canciller Carlos Martínez Sotomayor no titubeó en contestar, el 5 de diciembre, enfatizando que Chile tenía plenos derechos a uso de las aguas de las ciénagas y que ya estaba archidemostrado que no habían desvíos que afectaran los intereses de Bolivia sobre el caudal del río.

Ese mismo día, se realizaban en La Paz violentas protestas contra Chile, las que terminaron sólo al día siguiente. En un acto dirigido por el propio vicepresidente de la República, Juan Lechín Oquendo, las chusmas azuzadas por agitadores y aspirantes a caudillos quemaron ceremoniosamente una bandera chilena, al grito repetido de *"¡Muera Chile!"*, rito que se ha vuelto a ver innumerables veces en la historia noticiosa de ese país.

La respuesta del Canciller Arze Quiroga a su par chileno, el 30 de diciembre, reflejaba este ambiente delirante que había tomado posesión de la capital altiplánica, pues en ella hacía afirmaciones francamente ridículas sobre las consecuencias de los trabajos del Lauca, alegando cambios climáticos y otros disparates originados en una mente torcida por el odio y el afán confrontacional, amenazando textualmente con llevar el asunto a los foros internacionales, verdadera intención de todo este alboroto.

El Gobierno de Chile comenzó a abrir los ojos y comprendió que intentar desistir de sus palabras a La Paz, era un gasto innecesario de tiempo y esfuerzo ante el decidido ánimo boliviano. Aún así, el representante Trucco envió una nota el día 18 de enero de 1962, y la respondió el ministro altiplánico José Fellman Velarde, el 9 de febrero. Aunque se ofrecían mutuamente una disposición para superar el problema, la ocasión dio a la Cancillería altiplánica oportunidad para clavar un poco más adentro la daga de su nueva reclamación, pues -obsesionados con la estrategia de las intrigas y la desinformación tan propios de la diplomacia boliviana-, el día 27 de febrero se hicieron correr noticias a la prensa paceña donde, según el Palacio Quemado, Chile suspendería sus labores en la ciénaga de Parinacota.

Como era de esperar, la desinformación dirigida generó instantáneamente un nuevo *impasse* entre ambos gobiernos.

Bolivia ante la OEA: alevoso engaño de Cancillería e invocación al TIAR

Se estaba en pleno proceso de esclarecer esta nueva divergencia, cuando, el 13 de abril de 1962 y cerca de un mes pasado desde una nueva declaración chilena de su decisión de ocupar las aguas de la ciénaga, Fellman Velarde llamó a Trucco para nuevo intercambio de notas. Faltaban sólo tres días para una visita a Santiago que se había proyectado, precisamente, con la intención de discutir el tema, por lo que el representante chileno quedó descolocado ante el súbito desajuste.

En la comunicación, el ministro boliviano solicitó someter el asunto a los trámites previstos en la Declaración de Montevideo y, en pocas palabras, volver todo a cero, echando por la borda años de trabajos chilenos en Parinacota y los sendos informes de las comisiones que allí operaron desvirtuando todos y cada uno de los reclamos altiplánicos.

Acto seguido, el Gobierno de Bolivia cometió una de las más sucias jugadas que registra la historia de ese país, al redactar inmediatamente una declaración dirigida al Presidente del Consejo de la Organización de Estados Americanos, OEA, en la que alega textualmente que con la actitud de Chile en el *impasse* de río Lauca *se amenazaba la paz del continente*.

Allí, escribía la autoridad boliviana a la OEA con verdadero olor a pólvora:

> *"...el Presidente de Chile ordenó la utilización de aguas del río Lauca, materializando su desvío sin el consentimiento de Bolivia, país de cuya integridad territorial forma parte el caudal de ese río sucesivo desde el punto en que ingresa dentro de sus fronteras" (...)*
>
> *"...la actitud chilena constituye un acto típico de agresión a la integridad del territorio y a la soberanía del Estado boliviano, hecho o situación que pone en peligro la paz de América, hallándose, por tanto, configurada en el artículo VI del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca aprobado en Río de Janeiro el 2 de septiembre de 1947".*

En la misma nota, Fellman procedía a explicar una antojadiza versión de los hechos, que en casos llega a ser irrisoria. Agregaba que el Gobierno del Presidente Jorge Alessandri no había respondido la última nota donde le invitaba someter el conflicto a la Declaración de Montevideo, lo que justificaba una acción contra el peligro que representaba, a su juicio, el vecino chileno. Al menos, la megalomanía boliviana comenzaba a calmarse restringiéndose a escenarios más locales: si Chile *ponía en peligro* la paz mundial en 1920 (reclamo ante la Liga de las Naciones), en 1960 estaba afectada *sólo* la estabilidad del continente.

Sin embargo, si se lee la nota de Fellman para la OEA, ésta aparece fechada también el mismo día 13 de abril de 1962, por lo que había sido producida sólo horas o quien sabe si minutos después de que se entregara a Trucco la propuesta que Chile *"se negaba"* a responder.

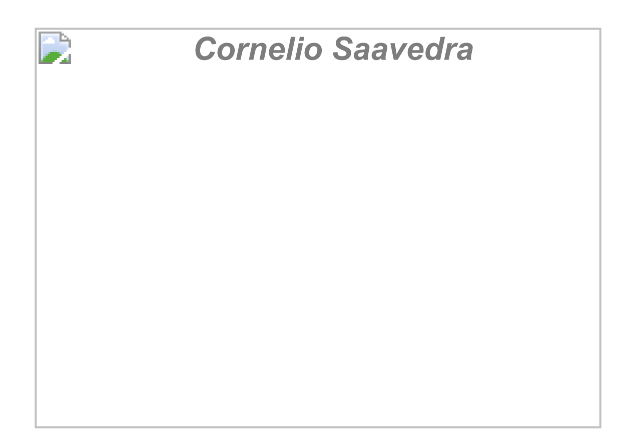
Este engaño, detectado poco después, se inscribe en la lista de los actos más deshonestos y cuestionables de toda la historia diplomática americana, comprensible sólo en el contexto de un país cuya clase política ha sido eterna amiga de la intriga y el atropello reiterado a los acuerdos y los tratados firmados.

El día 14 siguiente, las aguas de Parinacota fueron abiertas y se emitió desde Santiago una declaración pública en horas de la noche. Fellman, que había esperado pacientemente esta oportunidad, emitió la correspondiente protesta a La Moneda, al tiempo de que el odio antichileno hervía como lava entre los bolivianos.

El 16 de abril La Paz rompía relaciones con Chile y el 17 el mismo representante denunció ante la OEA esta *"agresión"*, agregando de paso algunas alusiones a la necesidad de atender su *"aspiración portuaria"*. En un hábil movimiento diplomático, La Paz había logrado encender una flama que empezaba con el asunto artificial de un río, y concluía pretendiendo la revitalización de sus pretensiones en el litoral chileno, sumadas a la necesidad de revisar el Tratado de 1904, pues concluía su protesta aludiendo a la eventual necesidad de apelar a mecanismos para resguardar la paz continental que, según insistía, Chile estaría *amenazando*.

A las pocas horas, el Palacio Quemado cortó formalmente las relaciones con La Moneda.

La tesis de la *"agresión"* siguió siendo insistida por el representante boliviano ante la OEA, don Emilio Sarmiento, el día 20 de abril. Con arrogancia desafiante, La Paz había declarado pocos días antes *"no estar sola"*, especulándose hasta hoy si se refería a algún grado de acercamiento con los Estados Unidos o, lo que es más probable, con Perú y Argentina. Sin embargo, el representante del Brasil (país que ya estaba al tanto del conflicto por informes presentados a su embajada por ambas partes) pidió postergar la audiencia hasta el día 26, para tomar conocimiento amplio del problema.



El cuerpo consular chileno, preparando la respuesta al ministro boliviano Fellman Velarde por asunto del río Lauca. Se observan a don René Rojas Galdames (Jefe de Gabinete Cancillería), don Carlos Valenzuela Montenegro (Subsecretario de RR.EE), don Carlos Martínez Sotomayor (Canciller), don Manuel Trucco (Embajador en Bolivia) y don Augusto Marambio Cabrera (Subdirector del Departamento de Política)

Acusación boliviana ante la OEA no prospera 

Mientras tanto, Chile respondió a la campaña boliviana imitando sus procedimientos y enviando escuetas misiones políticas por todo el

continente para explicar la situación real de río Lauca y de los trabajos que Bolivia definía como *"agresiones"*. La poca vivacidad chilena, sin embargo, no advirtió que el empleo de informaciones mediáticas hubiese tenido mucho más efecto y ahorro que enviar misiones a dar aburridas exposiciones que, en la práctica, poco y nada importaban al resto del continente.

Enteradas de estos movimientos, las autoridades bolivianas reforzaron sus acciones demostrando su dominio en las malas artes de la difamación y la diseminación del odio. El 28 de abril, por ejemplo, ante las cámaras y los representantes extranjeros, el General Luis Rodríguez Bidegain emitió en el Colegio Militar de La Paz un sendo juramento respondido por toda la oficialidad, en la que se prometió recuperar la condición marítima de Bolivia. Por su parte, el delegado boliviano ante la OEA, don Jorge Escobari, tuvo el desparpajo de declarar que había sido Chile quien rompió relaciones con Bolivia (!) y no al revés, como realmente había sucedido.

Respondiendo, el 8 de mayo el representante titular chileno en el Consejo, embajador Walter Müller, declaró en el foro:

> *"Creemos que este Consejo debe resolver sin dilaciones la demanda boliviana, y manifestamos que una vez que el Consejo haya rechazado, como debe rechazar, la inaplicabilidad del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca para el caso que nos ocupa, ambos países podrán concurrir a los estrados judiciales para demostrar la bondad de su tesis".*

Pero la reclamación boliviana no estaba rindiendo frutos. En toda la asamblea cundió con claridad la visión de que el TIAR no era aplicable a este caso y resultaba una exageración la sola idea de invocarlo para un asunto como el que se atendía en los debates, de los días 3, 8 y 11 de mayo de 1962.

Sin embargo, un sentimiento americanista había cundido por todos los delegados en aquel año, producto quizás del contexto internacional. Fue así como Estados Unidos, México, Brasil, Venezuela y Honduras se propusieron coordinar por cuenta propia una propuesta externa a la OEA, para que el resultado no fuese tan drástico para Bolivia como se avizoraba. Esta gestión, a la larga, iba a impedir que se rechaza lisa y llanamente la absurda invocación al TIAR y, por el contrario, se emitieran resoluciones más bien evasivas y altamente conciliadoras.

El 24 de mayo, los 18 países (fuera de Chile y Bolivia) votaron tras tanto tiempo de acusaciones injustas que habían provocado grandes molestias a la opinión pública chilena. La inoperancia de la OEA y la falta de peso del organismo ya se hacían evidentes entonces, al extender por todo ese tiempo un asunto con carácter de urgencia, como era la demanda boliviana y su apelación al tratado de Río. La decisión del Consejo fue *"hacer votos por que los gobierno de Bolivia y Chile normalicen, a la brevedad posible, sus relaciones diplomáticas"*, llamando a la amistad y la cooperación mutuas, e invitando a Bolivia a mantener vías pacíficas para solucionar su situación.

Como era de esperar, la resolución de la OEA desagradó enormemente a Bolivia y sus delegados intentaron explotar el hecho de que, en su texto, no se desvirtuaba la acusación de *"agresor"* que se había arrojado contra Chile, retomando nuevamente el asunto de la

mediterraneidad. La reacción de los chilenos, en cambio, fue más serena a pesar a que no se descartó explícitamente la aplicabilidad del TIAR, según dejó nota la delegación, en la que se agregan algunas propuestas de solución como sería recurrir, por ejemplo, a la Corte Internacional de La Haya o a un arbitraje internacional. Precisamente lo que no quería hacer Bolivia, conciente de que no lograría ningún resultado favorable ante una corte penal que tomara objetivamente el caso de su demanda.

Hemos visto hasta aquí cómo la diplomacia boliviana fue colocando a Chile, ante los ojos del resto del continente, como un país imperialista, agresivo y expansionista, respaldando las peores descripciones que ha hecho el reivindicacionismo sobre sus conflictos históricos con Chile. Esta campaña diplomática jamás ha encontrado una réplica del lado chileno, salvo por el breve envío de delegaciones por la región explicando la situación del río Lauca que hemos descrito, en otra manifestación de la enfermante actitud errática e ingenua de sus cancillerías. La creencia de que el resto de las naciones del mundo saben y comprenden de las materias de derecho soberano que tocan los compases en estas latitudes de Sudamérica, o que países u organismos extranjeros se toman la molestia de revisar la historia y los acuerdos al tiempo de escuchar los lamentos de un país que, diciendo estar sofocado en su mediterraneidad, culpa a Chile de todos sus males, es el jabón sobre el cual ha patinado toda humildad diplomática hasta estrellarse una y otra vez con el mismo muro.

La cobardía de la OEA para rechazar de plano la invocación al TIAR aquel año, y, en su lugar, hacerlo tiernamente procurando no herir los sentimientos de una nación que ha empleado históricamente el victimismo como herramienta política, demuestra esta realidad internacional que no es considerada por Chile.

Inusitadas reacciones de La Paz ante el fracaso 

Tras la exposición de disparates sobre el Lauca ante la OEA, Bolivia decidió mantener rotas relaciones con Chile y continuar su grito de ira hacia el resto del planeta, a pesar de que Chile continuaba enviando notas en las que ofrecía a La Paz arreglos para perfeccionar su acceso a los puertos sin tener que revisar lo pactado; particularmente sin cesión de territorio soberano. Paralelamente, se inició otra infame campaña en la que pretendió mostrar a Chile como el que estaba demorando asumir la propuesta del Consejo, aprovechando, sin lugar a dudas, la actitud pacata y pusilánime que ya por entonces caracterizaba a la OEA.

Intentando boicotear la proposición de arbitraje y conciente de que sería imposible ganar un proceso correctamente constituido de arbitraje internacional, el Palacio Quemado envió nota, en 3 de julio, donde declaraba aceptar el arbitraje sólo si Chile revitalizaba el carácter de controversia jurídica al asunto del Lauca, misma que ya había sido desvirtuada por dos comisiones y la propia declaración del Consejo. Obviamente, esto incluiría terminar con las captaciones de aguas, cosa imposible a esas alturas.

Para agregar peso a sus demandas, el día 9 de agosto siguiente Bolivia volvió a acusar a Chile, esta vez con el infundio de que se estarían poniendo trabas a sus exportaciones de minerales por Antofagasta.

Pero poco obtuvo de la OEA. La falta de valor y de determinación del organismo también alcanzó para brindarle magros resultados a La Paz en su cruzada contra Chile. Ante tan adversas cosechas, La Paz decidió aumentar la pólvora de sus cañones y, el 3 de septiembre, anunció -para sorpresa de todos- su renuncia al Consejo y a sus organismos dependientes.

Con arrogancia, su carta de "despedida" declaraba esperar que el puesto vacío que dejaría *"recuerde a las naciones hermanas del continente que continúa aguardando una solución de justicia a la cuestión de río Lauca, que hace más de cuatro meses y medio, confió a su consideración"*.

Poco les duró este aire desafiante, sin embargo. La crisis económica que arrastraba desde hacía unos años requería necesariamente de cuidar sus relaciones con el Banco Interamericano, por lo que el regreso a la OEA se cumplió al poco tiempo.

Bolivia otra vez ante la ONU. La OEA intenta ordenar las cosas 

Paralelamente, La Paz abría un nuevo frente de batalla para sus pretensiones.

A fines de septiembre de 1962, se publicaba en La Paz la obra "Los Derechos de Bolivia al Mar. Antología de Juicios Eminentes. Biblioteca de Clásicos Bolivianos". Este libro sería la columna referencias de toda la reclamación sostenida hasta entonces, ordenándola y estructurándola como tal vez nunca antes, pues se reproducían allí varias opiniones de intelectuales y autores bolivianos, además de algunos chilenos que marcaron por entonces lo que era la política entreguista, especialmente del académico Carlos Vicuña Fuentes, cuyo interés en mermar el movimiento nacionalista y frenar la participación militar en política le llevó a hacer audaces declaraciones y campañas que, con truculencia y tergiversaciones enormes, han sido utilizadas por peruanos y bolivianos para exponer supuestas defensas a sus afanes "revindicacionistas" aportados *"por un chileno"*, mito que se ha mantenido hasta ahora.

Como las instancias de la OEA habían culminado en otro fracaso para la reclamación, Bolivia resolvió acudir nuevamente a la liga de la ONU, que tenía organizadas sus reuniones precisamente por aquellos días. Hasta la Asamblea llegó el propio canciller Fellman Velarde, atacando directamente, con la punta de lanza del tema de su mediterraneidad. Sin embargo, la estupenda exposición del delegado chileno, Martínez Sotomayor, pulverizó rápidamente los argumentos altiplánicos, que perdieron total importancia ante los demás conflictos internacionales que se discutieron y se llevaron el total de la preocupación de la asamblea.

La furia cundió por las autoridades paceñas, que decidieron abrirle paso a su reclamación pasando por encima de los organismos internacionales y buscando reclutar apoyo por gestiones directas en cada país. De este modo, el Presidente Paz Estenssoro, regresado al Palacio Quemado en 1960, aprovechó una reunión en Caracas con el mandatario de Venezuela, Rómulo Betancourt, para firmar conjuntamente la Declaración de Maracay, en la que se recomendaba a los cinco países de la emancipación bolivariana (Venezuela, Colombia,

Ecuador, Perú y Bolivia) la realización de un congreso en La Paz que tratase una *vía de solución* para la mediterraneidad altiplánica. Ilusa propuesta, sin duda, pues los problemas internos de estos cinco países (y en algunos casos entre sí), habrían imposibilitado todo interés de materializar realmente esta clase de proyecto, no obstante que la sola declaración era un avance notable para la pretensión boliviana.

En noviembre de 1962, el presidente de la OEA y mandatario de Costa Rica, Gonzalo Facio, advirtió el camino beligerante que estaba tomando el conflicto a causa de la persistente prepotencia altiplánica. Animado por el interés de evitar mayores escaramuzas, inició extraoficialmente gestiones para acercar a Chile y Bolivia. A poco de andar se estrelló con la antipatía paceña y la férrea decisión de La Paz de seguir adelante con sus reclamos sobre el río Lauca y la mediterraneidad. Sin embargo, continuó decididamente su intento de traer cordura y paz, motivado por un sincero sentimiento americanista.

Efectivamente, Bolivia estaba mezclando el tema del Lauca con su intención prioritaria de resolver su mediterraneidad, provocando así la revisión del Tratado de 1904.

Fellman Velarde cayó en una imprudencia diplomática e, insólitamente, reconoció a la prensa el 30 de diciembre:

> *"La cuestión del río Lauca ha sido el vehículo que ha permitido a Bolivia atraer ante la conciencia de su pueblo el problema de la mediterraneidad"*.

En años posteriores, la esencia de esta afirmación ha sido tercamente negada por los autores altiplánicos.

Más confrontaciones. Chile por fin rectifica su actitud 

Al comenzar el año de 1963, los ataques bolivianos y la actitud ajena a todo interés de bajar la tensión, causaron un profundo replanteamiento en La Moneda, que rectificó años de actitudes flexibles y frágiles tendiendo por fin a una posición firme y sólida con respecto a la campaña sustentada desde La Paz. La respuesta no podría ser más oportuna.

Siguiendo esta línea, el 4 de marzo, el Canciller Martínez Sotomayor respondió severamente a Facio declarando en representación de Chile que:

> *"...una vez reanudadas las relaciones diplomáticas con Bolivia, no está dispuesto a entrar en conversaciones que puedan afectar la soberanía nacional o significar cesión territorial de ninguna especie"*.

Seguidamente, agregó que:

> *"...los límites con Bolivia fueron fijados por tratados internacionales libremente consentidos, que están en plena vigencia y que son definitivos"*.

La declaración chilena cayó como bomba en el Altiplano. Coincidían estos días con el aniversario de la muerte del héroe boliviano Eduardo Abaroa, el 23 de marzo, quien cayó resistiendo valerosamente en

Calama contra los soldados chilenos en 1879. La ocasión dio a Bolivia la oportunidad de organizar un impactante espectáculo de odio antichileno y de afanes revanchistas, eufemísticamente denominados "La Semana del Mar". Se gastaron millones repartiendo miles y miles de libros de historia con la versión boliviana de la Guerra del Pacífico, por el resto del mundo, impartiendo charlas y exposiciones internacionales. Increíblemente, esta campaña jamás tuvo una contraparte de parte de Chile, pues sus autoridades creyeron que la objetividad y el buen juicio imperarían por toda la región más allá de la campaña boliviana de difamación internacional.

La única reacción chilena importante fue, quizás, la declaración de una cadena radial del 28 de marzo, en la que Martínez reafirmó la vigencia del Tratado de 1904, recordando que fue firmado por Bolivia sin presiones. En una parte de su texto, dice con serenidad:

> *"Los ataques verbales permanentes, de que ha sido víctima Chile por parte de Bolivia; la ruptura de relaciones diplomáticas; la acusación de agresión ante la OEA; el intento de hacer intervenir a dicho organismo en sus problemas con Chile; las declaraciones de los representantes bolivianos ante la Asamblea General de las Naciones Unidas y la exacerbación organizada de las pasiones antichilenas en el pueblo boliviano acentuada en al "Semana del Mar", han empeorado en tal forma las relaciones chileno-bolivianas, que la buena disposición que nuestro país había demostrado en 1961, como en épocas pasadas, para oír a Bolivia, no existe ahora. Así lo hemos declarado en forma enfática. El único responsable es el propio gobierno de Bolivia que ha querido buscar, sin obtenerlo, en una presión internacional sobre Chile, un clima propicio para lograr que aceptemos entrar en negociaciones sobre lo que llama su "problema portuario". Esta vez, como en tantas otras oportunidades anteriores, el gobierno boliviano ha demostrado conocer mal a Chile".*

Y, a continuación, sentencia (los destacados son nuestros):

> *"Aunque estemos dispuestos a olvidar los agravios recibidos y aunque ofrezcamos nuevamente toda nuestra colaboración en una empresa de común interés, <u>no estamos dispuestos a iniciar una negociación que pueda lesionar la soberanía de Chile</u>".*

La noticia de la declaración de la Cancillería chilena provocó otra erupción en Bolivia. Encolerizado, Fellman Velarde no tuvo argumentos para echar mano y, sin más remedio que responder con acusaciones infundadas, alegó con desparpajo que Chile no había dado plenas libertades de tránsito a Bolivia por los puertos del norte, en circunstancias de que el Tratado de 1904, la Convención de 1937 y el Tratado de 1955 habían abierto la libertad de tránsito hasta lo inverosímil, como hemos dicho, incluyendo el traslado de armas. A renglón seguido, acusó a Chile de haber pasado por encima del derecho internacional y de los compromisos Walker-Ostria de 1950, al descartar cualquier negociación para superar la mediterraneidad boliviana, fingiendo así el papel de víctima ofendida. Estos mismos postulados serían ampliados en la obra "Rumbo al Mar", publicada por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Bolivia, el 4 de abril de 1963.

Para comprender la inusitada actitud de Bolivia por esos días, cabe recordar que su Gobierno sufría un duro quiebre y era imprescindible aunar a las chusmas en una causa común, pues el vicepresidente Lechín Oquendo había terminado alzando contra el propio Presidente Paz Estenssoro a los mineros de estaño, haciendo tambalear al Palacio Quemado en otro más de sus continuos pasajes por la inestabilidad y la entropía política histórica del Altiplano.

Este oportunismo fue reconocido por el propio Fellman en su respuesta a Martínez, donde declaró que la actitud intransigente chilena *"nos impone una razón más de ser como bolivianos, y profundiza ese hondo y cálido sentido nacional que recién estamos redescubriendo y que nos une como nunca nada nos había unido"*.

El calor confrontacional llegó a bullir con la declaración de Paz Estenssoro del 9 de abril, con motivo del Aniversario 11º de la vergonzosa "Revolución Nacional" del campesinado. Allí, el mandatario reveló en verdadero sentimiento que animaba al Altiplano:

> *"Bolivia es un país con extraordinarios recursos naturales y si nosotros, con el pensamiento, con la decisión de que tenemos que completar nuestra soberanía con acceso al océano, somos capaces de trabajar incesantemente, de poner todos nuestros esfuerzos en el desarrollo económico de este país, en muy pocos años podremos alterar la relación de fuerzas que hoy día existe con Chile y podremos sentarnos a negociar, mano a mano, la salida al mar para Bolivia".*

Los cálculos optimistas de Paz Estenssoro se basaban, principalmente, en la difícil situación diplomática en que se encontraba Chile en el entorno regional. Sin embargo, la buena estrella chilena se había manifestado desde el 28 de marzo, cuando cayó derrocado el peligroso General Frondizi en la Argentina, aliviando un tanto la tensión por el Este. Coincidía este período con la llegada del segundo submarino "Simpson" a Chile, el 23 de abril, adquisición que equilibró notablemente la forma de dirigirse a Chile en la vecindad.



Tiro de la tapa exterior de la Guía Turística de La Paz en circulación dentro de Bolivia entre los años sesenta y setenta. Como se ve, el país altiplánico jamás desaprovechó las oportunidades para convocar simpatías internacionales a su demanda marítima y al mito de la imposición del Tratado de 1904.

Intentos por involucrar al Brasil y nuevos reclamos ante la OEA 

Temiendo que su reclamo perdiera terreno, vino otra cuestionable jugada boliviana, destinada a provocar confusiones en base a engaños descarados y groseros, similares a los que utilizó al presentar su demanda ante la OEA el año anterior.

El embajador boliviano ante Brasil, Renán Castrillo, hizo publicar y repartir un curioso documento titulado "La Prensa del Brasil se Pronuncia por Bolivia". En él, reproducía antojadizamente algunos extractos de los diarios de Río de Janeiro y aseguraba, como corolario, que *"toda la prensa"* de ese país, *"sin distinción alguna e interpretando el sentir del pueblo brasileño"*, apoyaba entusiasta a Bolivia en sus reclamaciones por el asunto del Lauca y de la mediterraneidad.

Sin embargo, sobre esta obra se comete un grave error cuando se abrió una primera editorial en la que escribe (los destacados son nuestros):

> *"Bolivia no tiene mar. No tiene, pero desea tener y por ello viene luchando desde hace siglos. Desde los tiempos en que inca Tupac Yupanqui bajó en dirección al Pacífico"*.

Estas palabras, en esencia, resumen lo que se ha afirmado siempre en Chile: que Bolivia jamás tuvo costas en tiempos coloniales, o antes. A pesar de esto, el autor se empeña en demostrar después, que en 1880 le correspondía a Bolivia la propiedad de Antofagasta y también... ¡Arica!. A pesar de estos increíbles errores y contradicciones, el folleto fue repartido a diestra y siniestra.

Gonzalo Facio, en tanto, aún se resistía a abandonar su noble inspiración por hermanar a ambos países. El día 25 de mayo debió salir desde Washington de vuelta a Costa Rica, dejando como reemplazo a Rodolfo Wiedmann, presidente interino de la OEA y delegado de la Argentina en el Consejo. A sabiendas de que la relación entre Chile y Argentina todavía estaba más cerca de lo pésimo que de lo malo, Fellman aprovechó la ocasión para presentar una nueva nota boliviana, el 27 de mayo, donde se solicitaba derivar la gestión de Facio con relación a la resolución del 24 de mayo del año anterior, para revitalizar una posible intervención del Consejo en el asunto del Lauca. Como era de esperar, la nota fue aceptada por Wiedmann y se repartió con el café del día entre todos los demás representantes. La protesta chilena fue inmediata.

Cuando Facio regresó al Consejo, el 9 de junio, descubrió con estupor lo que había sucedido en su ausencia y se sintió atropellado en su autoridad. Molesto, hizo eco de la protesta del delegado chileno y, para el 10, presentó ante la delegación boliviana su renuncia a las gestiones llevadas hasta entonces. En un instante de decisión más relacionado con el carácter del mandatario que con el del organismo, Facio declaró terminadas también las gestiones posibles para la OEA, cuya competencia había culminado el 24 de mayo de 1962. Punto final. En la copia de este documento que envió a Chile, sin embargo, Facio agrega agradecimientos a la forma en que fue tratado él y su trabajo por nuestros representantes, quizás en contraste con la actitud boliviana.

El nuevo fracaso hizo hervir la sangre a las autoridades bolivianas. El día 17 de junio Fellman notificó a Facio la decisión de La Paz de retirarse por segunda vez de la OEA. En la prensa, agregó que el organismo era *"incompetente"* y pidió al Brasil que notificase a Chile de la decisión boliviana de caducar el convenio de pasaportes para tránsito en territorio chileno.

Los intervencionismos extranjeros en favor de Bolivia 

A la sazón, y aproximadamente desde julio de 1963, la Argentina estaba mostrando una clara tendencia a apoyar el reclamo boliviano. Ese mismo año, ofreció estudiar la posibilidad de ceder a Bolivia un puerto en Barranqueras, en el Paraná. Puede que haya habido mucho de fantasía en esta propuesta, pero consiguió su primer objetivo, que era el acercamiento entre ambas naciones y la presentación de la Argentina ante el resto de la comunidad regional como una nación americanista y altruista.

El diario "El Clarín" de Buenos Aires fue más lejos aún y, en su edición del 21 de agosto, llena de loas y laureles la propuesta al tiempo de declara la necesidad de aportarle al altiplano, además de un puerto, *"la ayuda técnica y financiera para construir su propia flota"*. Pocos días antes, el 6, Paz Estenssoro ya había alardeado ante el Congreso cómo el acercamiento a "países amigos" podría devolverle el mar a Bolivia.

Sin embargo, la grave crisis sindical que agitó a los trabajadores mineros de Bolivia y las acusaciones de narcotráfico que pesaron sobre Lechín y autoridades de la Policía y del Banco Central (confirmadas más tarde), sacudieron la estabilidad interna altiplánica. Enormes paralizaciones tuvieron lugar el día 10 de agosto. La creación de la Corporación Minera Boliviana se había convertido en un problema de

magnitud colosal, arriesgando la continuación del gobierno. Fue cosa de días para que Paz Estenssoro tirara a la parrilla nuevamente el asunto de la mediterraneidad y del Lauca, buscando conglomerar a la dividida sociedad, esta vez exaltando el apoyo que sentía del entorno regional en contra de Chile.

Las nuevas reuniones de la ONU abrieron el camino a algunos de los ataques más violentos de parte de la delegación boliviana contra Chile, representados por Manuel Marrau Peláez. En su exposición revivió la versión boliviana de la Guerra del Pacífico y recurrió las acusaciones de despojo y usurpación de territorio.

Increíblemente, este período coincidía con la invasión argentina de valle Hondo, el 18 de septiembre de 1963, en Palena, desatando una peligrosa explosión de odios entre ambos vecinos que se tradujo en desmanes y protestas de ambos lados de la cordillera. Perú, por su parte, había iniciado una fuerte campaña comunicacional exigiendo de regreso el monitor "Huáscar" y difundiendo la idea de que valiosos trofeos de guerra se encontraban en Chile producto de saqueos cometidos en Lima al final de la Guerra del Pacífico y que debían ser devueltos. Todo esto, como parte de su propaganda revanchista. Como se ve, la situación diplomática chilena volvía a tomar color de hormigas.

Sin embargo, lo peor aún no ocurría.

El día 23 de octubre Paz Estenssoro se reunió en Washington con el Presidente John F. Kennedy, cuya política intervencionista hacia los pueblos del resto de América es lo que más se recuerda de él aparte de los testimonios gráficos de su asesinato. Ignorante, o bien minimizando la importancia de lo que ocurría en realidad en Bolivia, el mandatario yanqui expresó su simpatía y gusto por lo que, hasta entonces, había hecho la Alianza para del Progreso en el Gobierno de La Paz, palabras que cayeron como tragos de hiel en el orgullo del resto del continente, donde había plena conciencia del fracaso de las autoridades del MNR y de sus métodos absolutamente salvajes de conducción política. El senador norteamericano Barry Goldwater también condenó las palabras del mandatario. Hubo molestias incluso desde países de Europa.

Terco, Kennedy se negó a corregirse y continuó su adulación hacia el líder de los nacionalistas revolucionarios altiplánicos, agregando, además, su deseo de que Bolivia resolviese el problema de su mediterraneidad. La referencia era una alusión que comprometía directamente a Chile.

Envalentonado, el delegado boliviano Luis Iturralde Chinel volvió a presentar ante la ONU su reclamo de mar y las acusaciones que se remontaban al "imperialismo chileno" de 1879. La protesta fue respondida por el representante chileno, Enrique Bernstein, aunque con imprecisión y falta de energía a juicio de muchos.

Esto continuó en febrero de 1964. Esta vez, Bolivia reclamó ante el Comité de Seguridad la supuesta existencia de una gran cantidad de chilenos simpatizantes de la causa boliviana o deseosos de regresar Antofagasta a ese país, que serían objeto de continuos maltratos y persecuciones violentas. La acusación era por completo absurda si pensamos que el plebiscito de 1931 había dejado claro que ni el 5% de la población antofagastina tenía interés en "reincorporarse" al Altiplano, y que los problemas entre unos cuantos personajes entreguistas habían sido sólo olas de reproche social o, en el peor de los casos,

restricciones al ejercicio de labores académicas que pueden ser evaluadas en su legitimidad dentro del ámbito de la libertad de expresión, pero que en caso alguno correspondieron a "agresiones violentas" como política de Estado. A pesar de esto, la acusación dejó abierta la proliferación de un burdo mito que ha persistido hasta nuestros días en Bolivia, sobre la represión y los atropellos de los que sería objeto una supuesta cantidad contundente de chilenos partidarios de su mentada salida al mar, cuya voz solidaria es tapada por el temor y la amenaza... Surrealismo puro.

El 9 de mayo siguiente, Bolivia volvió a la carga en la Conferencia Mundial de Comercio de Ginebra, donde planteó la necesidad de estudiar la situación internacional de los países sin costas propias, caso por caso. Su idea era intentar comprobar que los países sin mar tienden al subdesarrollo, afirmación que forma parte de los fundamentos de la reclamación marítima altiplánica pero que, como hemos visto en otra parte, es absolutamente errada y tendenciosa, pues la mayoría de los países mediterráneos pobres se encuentran compartiendo la miseria general del continente africano, desequilibrando el promedio que se daría por los países europeos carentes de costas que, sin embargo, son potencias económicas, como Suiza o Austria.

Crisis internas superan interés boliviano por costas propias 

Como es costumbre de los caudillos y demagogos, Paz Estenssoro adaptó la Constitución Política en mayo de 1963 para postular a reelecciones. Esta medida aplastó las aspiraciones presidenciales de Lechín Oquendo, quien fue reemplazado por el General René Barrientos Ortuño, de la fuerza aérea. Ambos ganaron el 31 de ese mismo mes por unanimidad, pues la oposición decidió no votar.

Los devenires políticos sumieron a Bolivia en un curioso silencio que, salvo por algunas interrupciones, se mantuvo por casi todo el resto de ese año en materias de relaciones exteriores con Chile. El alevoso asesinato del presidente John F. Kennedy, aquel año, también hizo perder a Bolivia un importante apoyo al llegar a la Casa Blanca fuerzas políticas más interesadas en correr del Altiplano los intentos de guerrillas marxistas y de acentuar la intervención, que atender su pretensión litoral.

Pero, en ese mismo momento, se producían peligrosas escaramuzas entre oficiales chilenos y argentinos por la presencia de gendarmes trasandinos en el territorio chileno de valle Horquetas. Ante el peligro de un conflicto, se llamó al arbitraje internacional en base al Laudo de 1902, hacia octubre del año siguiente, encomendado a Su Majestad Británica y un tribunal arbitral. En este ambiente, terminó la presidencia de Jorge Alessandri Rodríguez, asumiendo el demócrata cristiano Eduardo Frei Montalva, el 3 de noviembre de 1964.

El nuevo Canciller chileno, Gabriel Valdés Subercaseaux, comulgaba abiertamente con los delirios de integración americanista y lo demostró claramente al suscribir una solución con Argentina, que sacaba "amistosamente" al conflicto del Beagle del ámbito del arbitraje. Craso error que sería duramente pagado, pocos años después.

A poco de andar el nuevo período de Paz Estenssoro, por su lado, la crisis social y política llegó a tal que ni sus desesperados intentos por

revitalizar la cuestión de la mediterraneidad lograron frenar las protestas y los paros. El 6 de agosto, Lechín Oquendo iba camino a declarar contra el mandatario, haciendo gravísimas acusaciones. Un grupo de matones lo encaró camino al Congreso; fue brutalmente golpeado y los documentos incriminantes le fueron sustraídos desapareciendo para siempre. La indignación corrió como llamas por el pasto seco, y, para mediados del mes siguiente, Bolivia ya se encontraba al borde de la guerra civil.

El 24 de septiembre era expulsado del país Hernán Siles Zuazo y, el 28, el General Charles De Gaulle visitaba La Paz como parte de su gira por el continente. Ambos sucesos calmaron momentáneamente las pasiones desatadas, hasta que el 16 de octubre se fracturó el poder con la disidencia del General Barrientos, condenando la censura de la prensa.

Para el 3 de noviembre, los insurrectos sobrepasaron las fuerzas de represión de Paz Estenssoro, quien escapó en avión a Lima, dejando al mando al General Alfredo Ovando Candia, uno de los abanderados del reivindicacionismo altiplánico. La Casa Blanca intentó intervenir de inmediato en favor de que Barrientos continuase en el poder, para salvar las apariencias de democracia y constitucionalidad de una nación que, en la práctica, las había perdido hacía rato. Tuvieron éxito: nuevas protestas lograron hacer renunciar a Ovando en favor de Barrientos, dos días después de derrocado Paz Estenssoro.

Terminaba de esta triste manera la era de un hombre que llegó a ser llamado y reconocido como el verdadero "Mesías" del Altiplano, y un nuevo hito del intervencionismo norteamericano tendría lugar en La Paz.

Últimos alegatos ante la ONU en los años sesenta 

Pasó el tiempo y las relaciones con Chile no fueron restauradas a pesar del cambio de gobierno. Por el contrario, durante prácticamente todo el año 1965, La Paz preparó fórmulas de reclamación para replantear sus viejas demandas ante la ONU, en las reuniones del año siguiente. Obraron en su contra, sin embargo, las duras críticas que el organismo formuló al Palacio Quemado por su descarado apoyo a la industria de la cocaína y por la adulteración de informes sobre la producción de coca dentro del país altiplánico, aquel año.

En 1966 se celebró la XXI Sesión de la Asamblea General del organismo. La delegación boliviana llegó hasta allá portando lo que creyó una potente carga para reclamar solución al problema de la mediterraneidad, pero precavida de presentarse de una manera mucho más prudente y sensata que sus antecesores. El grupo era integrado por el ex Canciller y entonces Senador, Walter Guevara, y por el Vicepresidente de la República don Luis Adolfo Siles, que presidía la delegación y que declaró en la ocasión sobre la necesidad de dar solución a este problema que *"retarda el equilibrio regional y dificulta al progreso hacia la integración económica continental"*. La megalomanía y la exageración volvían a mostrarse: ahora, los problemas de Bolivia, eran problemas del continente entero.

Adicionalmente, junto con pedir atención al problema de la demanda de puertos, la delegación solicitó considerar "planes de desarrollo" que,

junto a la propuesta de integraciones económicas regionales, desplazaron el uso de la excusa del río Lauca de años anteriores como vehículo para llevar hasta allá el tema de fondo, que era su pretendida "reivindicación" marítima. Tuvieron el mismo efecto.

Extraoficialmente, hubo algunas conversaciones informales al respecto en New York entre los cancilleres Valdés y Siles, pero poco se pudo sacar en limpio de ellas, pues en esta instancia el político paceño se lanzó de lleno al tema de sus aspiraciones económicas, dejando muy de lado el de la integración económica y los planes de desarrollo. Además, esta clase de encuentros informales eran prácticamente charlas entre amigos, aún cuando en ellas se hayan discutido temas tan importantes como la reanudación de las relaciones diplomáticas, el asunto del Lauca y la creación de una comisión mixta para integración económica.

Pero el entonces delegado de Chile ante la ONU, Guillermo Lagos Carmona, presente en estos encuentros, reconocería en su obra "Historia de las Fronteras de Chile. Los Tratados de Límites con Bolivia" (Ed. 1981) que los bolivianos estaban obsesionados con discutir un y sólo un tema: el "puerto para Bolivia".

La complicada situación de Bolivia al final de la década 

En tanto, la estratégica situación geográfica de Bolivia (limítrofe en el corazón del continente con cinco naciones) y la candente hoguera que la presencia de los intereses contrapuestos norteamericanos y pro-bolcheviques había generado en el territorio, hicieron proliferar intentos de guerrillas que soñaban con repetir un fenómeno similar a la aberrante y mal llamada "Revolución" del campesinado de 1952. Entre otros, el famoso guerrillero argentino Ernesto "Che" Guevara había sentido también el llamado a hacer su parte en este conflicto, entrando clandestinamente al país.

Esta ópera convirtió rápidamente al Altiplano en otro de los puntos neurálgicos de la Guerra Fría en el mundo y, con el consentimiento del presidente Barrientos, Estados Unidos reforzó la preparación de compañías "Rangers" para apagar los focos de guerrilla. Las mismas fuerzas militares, al mando del Capitán Prado, lograron atrapar herido al "Che" Guevara en un fundo de Las Higueras el día 8 de octubre, llegando el informe de su captura al día siguiente hasta las manos del Presidente Barrientos y el General Ovando. Ese mismo día, el Suboficial Mario Terán recibió la orden de ejecutarlo en su propia celda, privando al comunismo internacional de uno de sus más adulados iconos y propinando un golpe formidable a los afanes revolucionarios del continente.

Con la crisis de Vietman, los asesinatos de Martin Luther King y Robert F. Kennedy; con la carrera espacial paralela a la Guerra Fría y los movimientos musicales y contraculturales apoderándose de las juventudes de la época, el mundo tenían la atención demasiado ocupada para poner en un lugar destacado las reclamaciones bolivianas por salida al mar. La concentración del gobierno paceño, por su parte, se encausaba en evitar los alzamientos revolucionarios también enfrió la energía con que se ocuparon los foros internacionales para presentar la demanda. Algunas tentativas para atraer al diálogo al presidente Eduardo Frei Montalva, aprovechando su política de

americanismo delirante, no llegaron a resultados concretos, aunque permitieron aumentar el rango de acción de los consulados ante la falta de embajadores.

Ello no impidió, sin embargo, que el 15 de agosto de 1968, bajo el Gobierno de Barrientos Ortuño, se promulgara en La Paz la Ley Nº 405, en cuyo texto se lee:

> *"En todos los mapas y cartas geográficas de Bolivia, deberá incluirse obligatoriamente el territorio del departamento litoral cautivo como parte integrante del territorio nacional, en base a la rigurosa verdad histórica, a la doctrina que califica y desconoce las usurpaciones de territorios por la fuerza".*

Aunque el cumplimiento de esta disposición fue mínimo, tal declaración era sólo un anticipo de los tiempos que vendrían.

En septiembre de 1969, cuando el planeta aún celebraba la reciente llegada del hombre a la Luna en la misión Apolo XI, un inesperado acontecimiento cortó la breve primavera de fresa de la estabilidad gubernamental boliviana. En un accidente de aviación, muere el Presidente Barrientos, siendo asumido el mando del país por el Vicepresidente Siles. Pero, para entonces, el General Ovando habíase propuesto ser el sucesor en la presidencia, por lo que le depuso sacándolo del poder antes de terminado el mes.

Una nueva etapa de reclamaciones iba a comenzar.